

MALORIE BLACKMAN

EL COLOR DEL
ODIO

PARES Y NONES 2



EL AMOR ES EL ORIGEN
DE TODA ESPERANZA

CROSS
BOOKS

Malorie Blackman

El color del odio

Pares y Nones 2



CROSSBOOKS, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Knife Edge*
© del texto: Oneta Malorie Blackman, 2004
© de la traducción: Victoria Simó, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2021
ISBN: 978-84-08-23681-8
Depósito legal: B. 20.902-2020
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

EL ECO DIARIO

www.ecodiario.news.id

Miércoles, 12 de mayo

TERRORISTA NON MUERE ABATIDO A DISPAROS

JON GRESHAM

Anoche, un terrorista suicida Non fue abatido a disparos por las fuerzas del orden cuando entraba en la estación de ferrocarril de Ackton Palace. La policía lo sorprendió con un cinturón de explosivos. Un portavoz de las fuerzas del orden ha declarado a *El Eco Diario*: «Recibimos el aviso de que un terrorista planeaba perpetrar un ataque suicida en un tren de cercanías. Como los hechos se produjeron en hora punta, las consecuencias del atentado habrían sido catastróficas. Nos encontramos ante uno más de

los gestos de cobardía a los que nos tiene acostumbrados la Milicia de Liberación».

Un testigo Non afirmó: «Cuatro policías vestidos de paisano abrieron fuego tan pronto como el hombre accedió al vestíbulo de la estación. No tuvo la menor oportunidad de sobrevivir. La gente gritaba y corría. Fue aterrador, como sacado de una película».

Sin embargo, tal como se apresuró a señalar el portavoz de la policía: «Que nadie se llame a error. De haberle dado el alto al terrorista o alertado de nuestra presencia, no nos cabe duda de que habría detonado la bomba sin pestañear, lo que habría provocado la muerte de sabe Dios cuántas personas. Mejor sacrificar a un terrorista Non que tener que lamentar la pérdida de in-

contables ciudadanos inocentes, niños incluidos».

La Milicia de Liberación ha emitido un comunicado en el que condena la muerte de uno de sus miembros. «Ha sido un crimen de Estado, ni más ni menos. Nuestro compañero ni siquiera tuvo la oportunidad de rendirse. Mientras el Gobierno siga perpetrando este tipo de atrocidades, la guerra entre Pares y Nones no cesará.»

El primer ministro, Kamal Hadley, ha compartido con el diario su reacción a la atrocidad: «Los terroristas Nones carecen de la más mínima humanidad y nunca se sal-

drán con la suya. Su flagrante desprecio por la vida, de Pares y Nones por igual, será su perdición».

El increíble autocontrol del mandatario resulta sorprendente, toda vez que su hija fue secuestrada el año pasado por la Milicia de Liberación. Durante su confinamiento, Callum McGregor, uno de los terroristas Non que participó en el crimen, dejó embarazada a Persephone Hadley.

Tras el ajusticiamiento de Callum McGregor el pasado año, condenado por secuestro y terrorismo político, se produjo un (sigue en la página 5).

ROJO

Dolor

Ira

Rabia

Sangre

Tempestades / Tormentas

Balas

Tumulto

Aullidos / Gritos

Ruido

Fuegos artificiales / Estallidos / Explosiones

Nacimiento

Remolino / Castigo

Fuego

Escarlata / Granate / Rojo / Fucsia

Traición

Guerra

Odio

Uno. Jude

—Venga, Jude, por favor. Me duelen horrores los pies —gimió Morgan.

—¡Aguanta! —le ordené desde una de las camas gemelas de la habitación que compartíamos en un hotel—. Y sigue mirando por la ventana. No queremos que nos pillen por sorpresa.

—Llevo tres horas mirando el tráfico.

—Y todavía te queda una, así que deja de quejarte —repliqué. Me estaba sacando de quicio a base de bien.

Con un suspiro, Morgan desplazó unos centímetros la cortina marrón oscuro para reanudar la vigilancia de la calle. Bebió otro trago de cerveza, que ya debía de estar tibia a esas alturas; hacía una hora, como poco, que tenía la lata en la mano. Torció el gesto en dirección a su espalda antes de devolver la atención al mando a distancia de mi mano y a la tele de la pared. Cinco minutos de zapeo más tarde, no había encontrado ni un solo programa que mereciera la pena. A la porra. Había mierda para dar y tomar, de modo que opté por un culebrón insulso que no requería el menor esfuerzo mental. Mejor para mí, porque mi mente, como de costumbre, andaba pendiente de otras cosas.

Por ejemplo, de Andrew Dorn.

Ahora mismo lo consideraba mi máxima prioridad. Era la mano derecha del general, pero, de ser correcta la informa-

ción que nos habían proporcionado —y con cada hora que pasaba estaba más convencido de que sí—, era asimismo un traidor. Por su culpa el secuestro de Sephy Hadley se había ido al carajo. A causa de sus tejemanajes, todos los compañeros de la célula a mi cargo de la Milicia de Liberación habían acabado muertos o capturados; excepto Morgan y yo. El general no lo sabía, pero Andrew Dorn estaba conchabado con las autoridades Pares, en especial con Kamal Hadley, el primer ministro que tanto odia a los Nones y cuanto nosotros representamos. Por eso decidimos secuestrar a su hija, Sephy. Fue algo más que un gesto de reivindicación política; también pretendíamos golpear a Kamal Hadley allí donde más le doliese. Pero la operación fue un fiasco total.

Por culpa de Andrew Dorn.

Y yo no sabía dónde estaba ni cómo encontrarlo.

La idea de que un hombre como ese, que ocupaba un escalafón tan alto en la jerarquía de la Milicia..., bueno, me provocaba retortijones. ¿A cuántos compañeros más habría traicionado? ¿Cuántos hombres y mujeres habían acabado con la soga por corbata a causa de sus maquinaciones? Lo que daría por echarle el guante... No tardaría demasiado. Tres segundos con el señor Dorn serían más que suficientes para llevar a cabo lo que tenía pensado. La Milicia de Liberación debía hacer algo, lo que fuera, para recuperar la motivación. Desde la muerte de mi hermano Callum nada había salido bien. La policía iba a por todas y había ofrecido jugosas recompensas por cualquier información que condujera a la captura y condena de nuestros miembros. Los medios se referían a nosotros como terroristas despiadados. No lo somos. Luchamos por una sociedad mejor. Nacer Non no debería cerrarte automáticamente infinidad de puertas antes del primer llanto. El color de tu piel no debería convertirte en un ciudadano de segunda. ¿Qué tenía de malo nuestra palidez, que tanto mie-

do inspiraba a los Pares, más oscuros? Así pues, luchábamos por una causa justa. Pero las autoridades no compartían nuestro punto de vista. Se había abierto la veda contra la Milicia de Liberación. La delación estaba a la orden del día. Y, sin duda, habría una buena propina para aquel que contribuyera a echarnos el lazo al cuello.

Los miembros de la Milicia nos convertimos oficialmente en presas, pero no por ello cejamos en nuestra propia caza. Y las autoridades Pares habían cometido el grave error de asesinar a mi hermano. Ahora Callum era un mártir, y estos son mucho más peligrosos. Se multiplicaban los Nones que exigían represalias por su ejecución, y no todos pertenecían a la Milicia. Pero quiero que conste que a mí todo eso me traía sin cuidado. Cada noche antes de acostarme y cada mañana al abrir los ojos le prometía a mi hermano que haría sufrir a los responsables de su muerte. Del primero al último.

Ahora bien, con las células de la Milicia dispersas a los cuatro vientos por todo el país y luchando desesperadamente por su supervivencia, era complicado parar el tiempo necesario para discurrir algún tipo de estrategia a largo plazo. Habíamos relegado los planes de futuro en pro de la supervivencia más inmediata. Como muestra, el asunto del presunto terrorista abatido en la estación. Un ejemplo excelente de cómo se las gastaba ahora la policía: sin contemplaciones. Nuestro combatiente no tuvo ninguna posibilidad de escapar. No había que pensar mucho para deducir que las fuerzas del orden habían adoptado una nueva estrategia: disparar primero y tomarse una taza de té después. De manera que aquí estábamos —Morgan y yo—, matando el tiempo en un hotelucho de tres pisos ubicado en un barrio poco recomendable, si bien, al menos, teníamos aliados en la zona. Morgan removió su comida precocinada en el recipiente de plástico, todavía rezongando entre dientes. Hice oídos sor-

dos. A veces se ponía insoportable. Con frecuencia, desde el frustrado secuestro de Persephone Hadley, tenía que recordarme que en teoría somos amigos. Aunque también es verdad que vivir a salto de mata, de un cuchitril a otro y huyendo sin cesar, pone de mal humor a cualquiera.

A pesar de todo, por fin nos habían asignado una nueva misión. Tras meses de un silencio casi absoluto, nos habían rescatado de la intemperie. Y nos habían ordenado registrarnos en la habitación catorce y aguardar. Y eso estábamos haciendo, encerrados desde hacía dos días y todavía a la espera. Me volví para echar mano del periódico que descansaba en la mesilla de noche, aunque ya lo había leído.

—Tenemos compañía —anunció Morgan desde su puesto junto a la ventana.

No tuvo que decirlo dos veces.

—¿Cuántos?

—Dos..., no, tres coches.

Si se habían congregado tres vehículos de la pasma delante del hotel, sin duda habría alguno más en la parte trasera.

—¿Cómo han sabido que estábamos aquí? —preguntó Morgan mientras se daba la vuelta para recoger su bolsa de deporte.

—Ya pensaremos en eso más tarde, cuando hayamos salido —respondí. Si acaso lo lográbamos...

Rescaté mi mochila, que yacía sobre la cama, y me dispuse a seguir a Morgan al exterior. Avanzamos a toda prisa por el pasillo hacia la salida de incendios. Esta era la razón exacta por la que siempre me aseguraba de escoger habitaciones situadas a pocas puertas de alguna vía de evacuación cuando me alojaba en hoteles y pensiones. Y aunque esta vez nos habían indicado el número del cuarto que debíamos ocupar, la salida de emergencia no estaba lejos, por suerte. ¿Nos ha-

bían tendido una trampa? De ser así, ¿por qué no nos habían asignado otra habitación, con el fin de complicarnos la huida? Y ¿por qué esperar a que lleváramos dos días matando el tiempo en el hotel antes de darle el soplo a la policía? A menos que confiaran en que nos relajáramos y empezáramos a descuidarnos. ¿Una nueva cortesía de Andrew Dorn? Morgan abrió la puerta de la salida de incendios y salvó de un salto el primer tramo de escaleras de hormigón. Lo seguí, pegado a sus talones.

Al momento lo agarré por la camisa y me llevé un dedo a los labios. Morgan se detuvo en seco. Por debajo de nosotros se dejaba oír un inconfundible rumor de pasos. Varias personas corrían a nuestro encuentro. Tenían todas las salidas cubiertas. Una de mis dudas quedó resuelta. Señalé hacia el piso superior. Morgan y yo dimos media vuelta y corrimos escalera arriba en lugar de bajar, a buena velocidad pero en silencio. Llegamos a la segunda planta.

¿Y ahora qué? Morgan era el encargado de preparar los planes de contingencia allá donde fuéramos. Estaba a punto de comprobar si sus estrategias valían una mierda.

—Sígueme —cuchicheó.

No tenía nada mejor que hacer esa noche, de manera que eché a correr tras él. Cruzamos el pasillo a la carrera. Morgan se detuvo delante de la habitación veinticinco. Aporreó la puerta mientras yo miraba a un lado y a otro del pasillo, con la mano ya cerrada sobre el arma que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Fue igual que tocar hielo, fría y dura entre mis dedos. Y reconfortante. Pasara lo que pasase, el nudo de la horca no besaría mi cuello.

La puerta se abrió casi al instante. Morgan entró a toda prisa y yo lo seguí pasado un momento. Cerré la puerta y me eché a un lado, de espaldas a la pared. No sería la primera vez que la policía acribillaba una pobre puerta sin previo avi-

so, y mala suerte si estabas al otro lado. Un musculoso Par de mediana edad, un tipo con bigote y el pelo cortado a cepillo, nos observaba desde el centro de la estancia. Había sido lo bastante listo como para echarse a un lado cuando Morgan irrumpió en el cuarto. Acerqué el oído a la hoja de la puerta y esperé. No escuché carreras, ni tampoco pasos, de hecho, pero era muy consciente de que no debía bajar la guardia.

Me volví hacia Morgan y le susurré:

—Han entrado en nuestra habitación de la primera planta.

Él asintió. Sorprendido, advertí que no empuñaba el arma. El Par todavía nos observaba, pero no parecía asustado. Ni siquiera preocupado, a juzgar por su expresión.

—Tenemos que salir de aquí —dije.

—¿Chófer y secretario? —preguntó el Par.

—¿Te parece bien, jefe? —me preguntó Morgan.

Escrutando el rostro del desconocido en cuya habitación habíamos irrumpido, asentí. De modo que el hombre estaba allí para ayudarnos, ¿verdad? No conocía su nombre ni falta que hacía, pero me alegró descubrir que Morgan tenía preparado un plan alternativo. El del chófer y el secretario era uno de los más típicos. Por desgracia, estando el hotel rodeado, no tenía nada claro que funcionase.

—Soy Dylan Hoyle —se presentó el Par.

Nos tendió la mano. No se la estreché. Morgan hizo ademán de tomarla hasta que lo fulminé con la mirada y entonces renunció. Dylan pasó la vista de Morgan a mí antes de encogerse de hombros.

—He pensado que... —empezó a decir.

—Pues has pensado mal —lo interrumpí de malos modos.

—No hay problema. —De nuevo adoptó un talante indiferente—. Lleváis dieciocho meses trabajando para mí. Vues-

tros documentos de identidad falsos están en el bolsillo de la chaqueta. —Extrajo los papeles y nos los tendió—. Será mejor que os pongáis manos a la obra. Tenemos menos de cinco minutos antes de que empiecen a inspeccionar las habitaciones del hotel una por una. Intentad pareceros lo más posible a las fotos de los carnés.

—¿Tenemos alguna posibilidad? —preguntó Morgan.

—Solo si hacéis lo que os diga —replicó Dylan, que se volvió para mirarme antes de añadir—: Al pie de la letra. Hay ropa en el armario. Cambiaos. Las pelucas y las gafas están en el cuarto de baño.

Morgan y yo nos encontrábamos en manos de un Par. No era una situación envidiable, pero no tenía elección. Dylan Hoyle era un Par. No confiaba en él, como en ninguno de ellos. Y solo con que pestañeara a destiempo no tendría ocasión de hacerlo dos veces.

Dos. Sephy

Te sostenía en brazos esperando sentir algo. Cualquier cosa. Esperé y seguí esperando. Y no experimenté nada. Ni placer ni dolor, ni alegría ni angustia. No sentí amor. No sentí odio. Nada. Miré tus ojos azul marino, el color del mar al atardecer, y tus pupilas me absorbieron, como si estuvieras esperando a que yo... te reconociera. No puedo explicarlo mejor. Pero no te reconocí. Te miraba y solo veía a una extraña. Y me sentí inmensamente culpable, porque todavía sentía por ti lo mismo que cuando te llevaba dentro. Todavía cambiaría todas mis mañanas contigo por un retazo de ayer con Callum. Y no debería pensar eso. Así pues, esta es ahora la materia de

mi ser. Remordimiento y un sentimiento de culpa puro y rotundo.

—¿Por qué no intentas darle de comer? —me preguntó la enfermera Fashoda con una sonrisa.

No me apetecía nada, pero la mujer me estaba observando. Y no quería que adivinase mis verdaderos sentimientos. No es normal que una madre reciente no albergue emoción alguna.

—¿Tienen biberones? —pregunté con inseguridad.

—No es el protocolo de este hospital. No proporcionamos biberones para los recién nacidos a menos que haya razones médicas importantes, e incluso en esos casos el médico tiene que dar el visto bueno —me informó la enfermera, que añadió con cierto desdén—: Además, los biberones son para las mujeres ricas que tienen prisa por cederle el bebé a la niñera antes incluso de que haya hecho caca por primera vez.

Me dirigió una mirada cargada de significado mientras hablaba. Vale, pues había acertado en todo, salvo en eso de que yo era una mujer, y rica. A los dieciocho no me sentía una mujer en absoluto. Todo lo contrario. Me sentía como una niña asustada que corre descalza por el filo de una navaja.

—Y entonces ¿cómo le doy de comer? —pregunté.

—Utiliza lo mismo que han usado las mujeres para alimentar a sus bebés desde mucho antes que se inventaran los biberones —respondió la enfermera Fashoda, señalando mis pechos.

Lo decía en serio. Volví a mirar tus ojos, Callie, y tú todavía me estabas contemplando. Me pregunté por qué no llorabas. Los bebés se pasan la vida llorando, ¿no? ¿Por qué tú no? Con un profundo suspiro, me bajé el camisón, demasiado cansada como para que me diera apuro la presencia de la enfermera y excesivamente desanimada como para que me importase en cualquier caso. Te tomé en brazos e intenté co-

locarte a la altura adecuada. Pero no te agarraste. Intenté girar tu cabeza hacia el pecho.

—Sephy, no estás enroscando una bombilla —me regañó la enfermera—. No la fuerces. No es una muñeca de plástico. Empújale la cabecita hacia ti con cuidado.

—Si tan mal lo hago, ¿por qué no prueba usted? —le solté en tono agresivo.

—Porque no funciona así —respondió la enfermera.

Y mientras miraba a la mujer, me di cuenta de las infinitas cosas que ignoraba acerca de ti, Callie, o de cualquier recién nacido. En ese preciso instante comprendí que tú ya no eras un ente abstracto, sin nombre y sin cara. No eras un ideal romántico ni un instrumento con el que castigar a mi padre. Eras una persona de carne y hueso. Alguien que iba a depender de mí en todos los aspectos.

Y tuve tanto miedo...

Te miré de nuevo y caí en la cuenta. De golpe y porrazo. Y la consciencia seguía penetrando en mí. Entraba por el corazón y salía por el otro lado. Callie Rose. Tú eras... tú eras mi hija. Carne de mi carne y sangre de mi sangre. Mitad mía, mitad de Callum y cien por cien tú misma. No un muñeco ni un símbolo ni una idea, sino una persona nueva y real con vida propia.

Y dependías de mí por completo.

Las lágrimas resbalaban por mi cara. Te sonreí con inseguridad y, aunque todavía te veía borrosa, me devolviste la sonrisa. Apenas fue un esbozo, pero bastó con eso. Volví a intentarlo, te giré con cuidado en mis brazos para acercar tu cara contra mi pecho. Esta vez te agarraste y al momento empezaste a mamar. Menos mal que tú sabías cómo funciona el proceso, porque yo no tenía ni la menor idea. Te contemplé, porque no podía despegar la mirada. Te observé tomar el pecho con los ojos cerrados y el puño prieto, apoyado con-

tra mi piel. Percibía tu aroma, nuestro aroma. Y sentí que absorbías algo más que leche de mi interior. Y con cada una de nuestras respiraciones, tuya y mía, los últimos nueve meses se perdían en un pasado muy lejano. Pero no estuviste mamando mucho rato. Un par de minutos nada más.

—Prueba a cambiarla de pecho —me propuso la enfermera.

Lo hice. Te cambié de lado con sumo tiento, como si fueras de porcelana. Pero ya no tenías hambre. Apoyaste la cabeza en mi pecho, todavía sin abrir los ojos, y te quedaste dormida sin más. Y yo cerré los míos, me recosté contra las almohadas que tenía detrás y traté de seguir tu ejemplo. Más que ver, noté que la enfermera intentaba apartarte de mí. Abrí los ojos al instante y te rodeé con los brazos por puro instinto.

—¿Qué hace?

—Solo quiero dejar a tu bebé en la cuna, a los pies de la cama. Ha sido un parto largo y tienes que descansar. No podrás cuidar de tu hija si estás agotada —explicó la enfermera Fashoda.

—¿No puede dormir acostada sobre mi pecho?

—Las camas son demasiado estrechas. Si resbala, caerá al suelo —objetó—. Tendrás que esperar a estar en casa, acostada en tu enorme cama doble, para hacer eso.

Escudriñé a la mujer mientras me preguntaba a qué venía el tono agresivo de su voz.

—Mi pregunta no iba con segundas —alegué.

—Mira a tu alrededor —dijo la enfermera Fashoda—. En teoría, este es un hospital público, pero no tenemos ni la mitad de equipamiento o personal que los hospitales Pares. No hay muchos de tu clase que vengan a tratarse al Hospital de la Misericordia.

—Pues yo he venido, ¿no?

—Sí, pero eres la única Par en la planta de maternidad.

Y cuando te marches, volverás a tu elegante casa en tu distinguido barrio, te darás una larga ducha caliente y si te he visto no me acuerdo.

Y así, sin más, me encasilló y me juzgó. La enfermera Fashoda no tenía ni la más remota idea de quién era yo ni de las razones que me habían llevado allí, pero le bastó echar un vistazo a mi rostro para concluir que conocía mi historia, lo sucedido antes y lo que vendría después. No le dije que la cama de mi piso era todavía más estrecha que esta. No le expliqué que la suma del dormitorio, el baño y la cocina ocupaban el mismo espacio que la sala de partos en la que ahora me encontraba. Por mucho que hablase, la enfermera no me escucharía. Únicamente oiría lo que quería oír, esa verdad que ya «conocía» de antemano. Era esa clase de persona.

Además, estaba demasiado cansada para discutir con ella. Observé cómo te dejaba en la cuna y, cuando te tapó con la mantita blanca de algodón, cerré los ojos. Pero los abrí de nuevo tan pronto como Fashoda abandonó la habitación. Gateé hacia los pies de la cama para mirarte. Te rocé la mejilla. Acaricié tu pelo corto, castaño oscuro. No podía apartar la mirada de ti. Ni siquiera desvié la vista cuando las lágrimas emborronaron tu imagen.

Tres. Jude

Llevaba una peluca rubia de pelo largo, por debajo de los hombros. Morgan se había puesto unas gafas de montura negra. Eché mano de unas de sol y me tapé los ojos con ellas, luego las retiré hacia la frente hasta que las necesitase, si se daba el caso. Nos habíamos despojado del uniforme

habitual, camiseta y vaqueros, y ahora yo vestía un traje azul oscuro, barato pero resultón. Morgan se había enfundado unos pantalones grises, una camisa azul marino y una gabardina larga. Nuestra ropa estaba guardada en una de las dos maletas de tamaño mediano que aguardaban junto a la puerta. No tuve tiempo de revisar el contenido de la segunda.

—Recógete el pelo —me ordenó Dylan a la vez que me tendía un coletero.

Mordiéndome la lengua, obedecí.

—Será mejor que me devolváis la documentación —sugirió a continuación.

Morgan le entregó la suya al momento. Yo lo hice a regañadientes.

—Coged una maleta cada uno y seguidme. No habléis sin mirarme antes para pedir permiso. ¿Está claro? —dijo Dylan.

Morgan asintió, manso como un corderito. A mí, en cambio, me costaba mostrarme sumiso. Estaba acostumbrado a dar órdenes, no a acatarlas. Obedecer a un necroso me repateaba los higadillos.

—Si quieres seguir vivo, será mejor que hagas lo que te diga —me advirtió Dylan directamente—. Si olvidas por un instante el hecho de que estoy aquí para ayudaros, ya puedes darnos a todos por muertos.

—Vale. Muy bien —escupí con desprecio—. Vamos allá. Pero, Dylan, como intentes traicionarnos, no vivirás para lamentarlo.

—¿Y por qué iba a traicionaros? —preguntó el Par.

No respondí.

—Ah, ya lo entiendo. Como soy capaz de aliarme con vosotros contra los míos, no te parezco una persona de fiar. ¿Es eso?

Segunda regla de Jude: «Jamás confíes en un Par. Ni por asomo».

—Y supongo que no te has parado a pensar que tal vez el sistema me parece tan injusto como a ti —prosiguió Dylan.

—Así que el sistema es un poquitín injusto, ¿eh? —irónico—. Me alegro de que te hayas dado cuenta. ¿Cómo se ven las vistas desde dentro, cuando estás resguardado y calentito?

—Lamento interrumpir el debate filosófico, pero ¿podemos largarnos de una vez? —nos cortó Morgan enfadado.

Dylan y yo nos fulminamos con la mirada. Pero aparcamos la discusión... de momento. El Par nos examinó por turnos con mirada crítica.

—Morgan, coge esa maleta. Jude, tú lleva la otra. Solamente tendremos una oportunidad, así que no la caguéis.

Dylan fue el primero en acercarse a la puerta. Inspiró hondo y la abrió. Salió de la habitación con parsimonia y se acercó al único ascensor, situado hacia la mitad del pasillo. Morgan y yo lo seguíamos a dos pasos de distancia. Cuando pulsó el botón de llamada, empezó a silbar para sí una melodía desafinada. Tengo que reconocer que se le daba de maravilla fingir despreocupación. Pasados unos segundos se abrieron las puertas y los tres entramos en la cabina. Dylan pulsó el botón del sótano, por donde accederíamos al pequeño coche aparcado detrás del hotel.

Conforme íbamos bajando, el latido de mi corazón iba cobrando fuerza y velocidad. Deslicé la mano libre al bolsillo de la chaqueta, reconfortado por el tacto del arma automática que llevaba allí escondida. La pistola albergaba catorce balas en el tambor y una en la recámara, aparte de los cuatro cargadores que yo llevaba encima, dos en los calcetines, uno en el otro bolsillo de la chaqueta y el último encajado en el cinturón, a la espalda. Meggie McGregor no crio a unos hijos idiotas; solo desgraciados.

—Saca las manos de los bolsillos —me ordenó Dylan sin volver la cabeza.

Obedecí de mala gana. La puerta del ascensor se abrió. Atravesamos la zona de carga y descarga y luego la de almacenaje. A un lado había cajas y cajones, de metal y de madera, algunos amontonados. Al otro desfilaban contenedores de ropa sucia con sábanas y toallas para lavar, así como varias cajas de madera, algunas llenas de huevos, otras de filas y más filas de salchichas, todas cubiertas con una sola capa de celofán. Una mezcla de olores inundó mis fosas nasales, casi todos desagradables. Nos abrimos paso hacia las puertas dobles del fondo. Dylan empujó una de ellas para acceder al aparcamiento. Lo seguimos sin tener la menor idea de lo que íbamos a encontrar. Una sensación que conocía bien reptó por mi cuerpo. Una mezcla de pánico reprimido y emoción injustificada. La adrenalina ya corría por mis venas. Decidí que era un buen momento para ponerme las gafas de sol. Me las bajé hacia los ojos.

—Perdone, señor.

Un pasma necroso, armado, corrió de inmediato hacia nosotros. Otro permaneció en el sitio, a unos metros de distancia del primero, ya con la pistola en ristre.

Tuve que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para impedir que mi mano volara al bolsillo de la chaqueta.

—¿Sí, agente? —Dylan nos protegió con el cuerpo—. ¿Qué desea?

—Estamos buscando a dos terroristas Nones que, por lo que sabemos, se alojan en este hotel —dijo el policía—. ¿Ha visto a alguien sospechoso?

—Por Dios, ¡no! —replicó Dylan horrorizado.

¡Menuda actuación! Próxima parada: los Oscar.

El agente esquivó a Dylan para poder examinarnos de cerca a Morgan y a mí. A continuación desplazó la mirada al

documento que llevaba en la mano. Aun desde mi posición, alcancé a ver nuestros retratos. De golpe y porrazo nuestros disfraces se me antojaron anoréxicos, como mucho. Estaba claro: nos habían tendido una trampa. Y yo que pensaba que nos habían readmitido en la Milicia de Liberación... Craso error. Andrew Dorn había decidido que las autoridades Pa-res hicieran el trabajo sucio por él, nada más.

Dylan miró a su alrededor, asustado.

—No pensaré que los terroristas están en este aparcamiento, ¿verdad?

—No, señor, al menos... —El policía nos escrutaba como si hubiéramos atropellado a su perro o algo así—. ¿Quién es usted? —me preguntó a mí directamente.

Recordé mi papel y miré a Dylan para pedirle orientación.

—Este es Ben, mi chófer, y este es John Halliwell, mi secretario —contestó el Par—. Respondo por ellos.

—Ya veo —dijo el agente. Se volvió de nuevo hacia mí—. ¿Me deja ver su documento de identidad, por favor? El suyo también —le pidió a Morgan.

—Cuando van conmigo, yo llevo sus documentos, agente —intervino Dylan.

—¿Por qué? —preguntó el policía con una curiosidad que rozaba el recelo.

Contuve el aliento.

—Sé por experiencia que si agarras a un blanco por el carné de identidad, su corazón y su mente van detrás —sonrió Dylan—. No voy a arriesgarme a que mi personal Non se largue con mi coche o con algún documento importante. ¿Me entiende?

—Ya.

El agente le devolvió la sonrisa mientras Dylan hundía la mano en el bolsillo de su chaqueta para extraer las documentaciones.

Se las tendió al policía, que les echó un vistazo y se las devolvió.

—¿Todo bien, agente? —preguntó Dylan.

—Sí. Una última pregunta. ¿Por qué lleva dos maletas?

Idiota entrometido. Como no aflojase, este madero iba a descubrir que la curiosidad podía matar algo más que al gato.

—Estaba de viaje de negocios... o eso piensa mi mujer.

—Dylan acompañó el comentario con un guiño.

—Ya veo. Si le pidiera que me dejara ver el contenido de sus maletas, ¿le parecería bien?

—Pues claro. Siempre y cuando le apetezca ver mi ropa sucia. John, abre mi maleta, por favor.

Morgan recorrió la cremallera y desplegó la cubierta, todo ello sin articular palabra. Estaba llena de calcetines, camisas, pantalones y calzoncillos. En una esquina había un par de revistas de economía y finanzas, en otra, una gruesa novela de detectives.

—Ben, abre la otra maleta.

Me incliné y obedecí la orden con parsimonia. Mi maleta contenía las prendas originales de Morgan y mías.

—Muy bien, señor —asintió el policía—. Pueden marcharse.

Cerré la cremallera con idéntica calma. Sin urgencia, sin inquietud, sin suspicacia.

—Entonces ¿va usted de camino a casa, señor? —preguntó el policía.

—Sí, agente. De no llegar acompañado de mi secretario y mi chófer, podría meterme en un lío. Y estos blancos saben mantener la boca cerrada.

—Pues deben de ser los únicos.

Dylan le rio esa broma tan graciosa y el pasma Par se unió al cachondeo.

—Gracias, agente —sonrió Dylan, de Par a Par. Su com-

plicidad era total y, por descontado, demasiado sutil para nosotros, pobres blanquitos.

Dylan avanzó tranquilamente hacia el coche negro, de alta gama y tamaño medio, que estaba más próximo a la calle. Buscó el mando y desbloqueó las cerraduras. A continuación me lanzó la llave y se quedó esperando al tiempo que me dirigía una mirada elocuente.

«¿Qué carajo intenta decirme con esa mirada?», me pregunté.

Y entonces lo comprendí. Tragándome la intensa hostilidad que el hombre me inspiraba, le abrí la puerta trasera del coche. Él subió como si lo hiciera a diario. Tomando la maleta que arrastraba Morgan, deposité el equipaje en el maletero. Tuve que recurrir a todo mi autocontrol para no darme la vuelta y mirar a los polis que tenía detrás. ¿Qué hacían? ¿Me estaban observando? ¿Podían olfatear la adrenalina que corría por mis venas? ¿Oían mi corazón, que aporreaba mi pecho como un boxeador implacable? ¿O se habían marchado ya para ayudar a sus colegas a inspeccionar el hotel? Me senté al volante. Morgan tomó asiento a mi lado. Arranqué el motor y nos pusimos en marcha.

—Conduce como si te diera igual ir a un sitio que a otro —cuchicheó Dylan.

Y eso hice. Circulé como si no supiera adónde iba; no me resultó complicado, porque así era.

Cuatro. Sephy

Querida Callie:

Ya llevamos unas cuantas horas juntas. He abandonado la sala de partos, estoy de vuelta en la maternidad y acabo de

cenar en el primer día del resto de tu vida. Tú descansas en una cuna de metacrilato transparente a los pies de mi cama y me asomo a mirarte cada dos por tres porque todavía no me puedo creer del todo que seas mía. Escribo esto mientras las otras madres de la sala dan la bienvenida a sus seres queridos: maridos, parejas, otros hijos, padres. Junto a cada cama hay un visitante como poco, excepto junto a la mía.

No dejo de pensar en Callum —tu papá— ni de imaginar que viene a vernos, que está con nosotras. Pero al menos te tengo a ti, Callie. Tú y yo contra el mundo, ¿eh? ¿Que cómo me siento? No lo tengo del todo claro. Me parece que mi mente sigue abotargada. O quizá solo atascada en un punto muerto.

A pesar de todo, te lanzo otra mirada y me digo que seguimos aquí. Estamos vivas. Estamos juntas. ¿Era esto lo que quería Callum? Creo que sí. Espero que sí.

Tú y yo contra el mundo, cariño mío.

Tú y yo contra el mundo.

Cinco. Jude

Circulábamos entre varios coches de policía aparcados a ambos lados de la calle. Yo no apartaba la vista de la calzada que discurría ante mí. Llamar la atención de un madero necroso era lo último que quería. Al final de la carretera torcí a la izquierda para internarme en la ciudad. Cuando llevábamos alrededor de cinco minutos de trayecto, Dylan empezó a darme indicaciones.

—Toma el próximo desvío a la izquierda —me ordenó. Doblé por la calle indicada y seguí conduciendo a veloci-

dad constante, respetando con un margen generoso los límites de velocidad.

Dylan tomó el control del viaje y me fue diciendo por dónde y cuándo debía girar hasta que, cosa de quince minutos después, entramos en el aparcamiento de un hipermercado. Más o menos la mitad de las plazas estaban ocupadas, casi todos los coches estacionados tan cerca de la entrada como era posible. Circulé lentamente hacia la zona más despejada, que era también la más alejada de la tienda. Varios carritos de supermercado descansaban olvidados en distintas plazas, donde nadie se molestaría en devolverlos a su sitio.

—Aquí es donde nos separamos —dijo Dylan cuando detuve el coche.

—Gracias, Dylan —respondió Morgan en tono amable—. Te debo una.

—Me debes muchas —replicó el otro.

Se volvió para mirarme. Yo cerré el pico con obstinación.

—Podéis llevaros la maleta con vuestras cosas —sugirió Dylan—. Pero ¿me podríais devolver las pelucas y las gafas? Es posible que vuelva a necesitarlas.

—¿Me estás dando órdenes? —le pregunté.

—No. Solamente son sugerencias —respondió.

Nos despojamos de los disfraces y bajamos del coche. El primer sol de la tarde brillaba cálido y acogedor, pero a mí el calor se me antojaba incómodo. Lo atribuí al desasosiego. Estar fuera del seno de la Milicia me había tornado asustadizo. Tenía los nervios de punta. Miré a mi alrededor. No me apetecía que la pasma apareciera por detrás de un montón de coches con el fin de tenderme una emboscada. Morgan y Dylan se estrecharon la mano.

—Hasta la próxima —dijo Morgan.

—Hasta la próxima —respondió Dylan con gravedad.

Se despidió de mí con un gesto de la cabeza. Le hice caso omiso. Ni en sueños pensaba socializar con un necroso. Dylan montó en su coche, ahora en el asiento del conductor, mientras yo extraía la maleta que contenía nuestro equipaje. Apenas había cerrado el maletero cuando el Par arrancó derrapando una pizca en la gravilla. Me volví para mirar a Morgan.

—¿Desde cuándo te llevas tan bien con los Pares? —le pregunté.

—¿Me estás acusando de algo, Jude? —respondió Morgan sin alterarse.

—No. ¿Debería?

Morgan negó con la cabeza.

—Dylan es un contacto que hice años atrás, antes de que tú te alistaras en la Milicia de Liberación siquiera. Me dejaste a cargo de los planes de contingencia y he cumplido. Les he ido pidiendo a él y a otros Pares simpatizantes que se instalaran en todos los hoteluchos en los que nos hemos alojado a lo largo de los últimos meses... por si las moscas.

—Entiendo —repliqué.

Y lo entendía. Había dejado que Morgan planificase la huida emergencia, confiando en que buscaría el modo de que tuviéramos siempre una vía de escape, por si acaso la pasma aparecía por sorpresa. Y nunca había cuestionado sus estrategias ni sus métodos. Lo que hiciera y cómo lo hiciera era problema suyo. Y en el fondo debía reconocer que, sin la ayuda del necroso, nos habría costado mucho más escapar del hotel. Pero saberlo me provocaba acidez de estómago.

—No me gusta depender de los necrosos —reconocí—. No hay ni uno que sea de fiar.

—Jude, a veces hay que recurrir a Pares que simpatizan con la causa —alegó Morgan.

—«Simpatizar» y «Pares» son dos palabras que se exclu-

yen mutuamente. Llevan siglos en el poder. No lo van a soltar ahora. Y mucho menos para cedérselo a nosotros; nuestra piel es demasiado clara.

—La Milicia de Liberación no les pide a los Pares que nos cedan el poder. No sé qué defiendes tú, pero yo lucho por la igualdad. Tan solo pedimos jugar en las mismas condiciones.

—No seas ingenuo —me burlé—. ¿Jugar en las mismas condiciones?, y un cuerno. Tengo noticias para ti. No estamos en el campo de juego. Ni siquiera participamos en la liga.

—Pues claro que sí. Gracias a personas como Dylan, estamos en la liga —me dijo Morgan—. Y esa mentalidad tan negativa nos perjudica.

Cuando desdeñé el argumento con un bufido, Morgan prosiguió:

—No es la primera vez que trabajo con Dylan y otros Pares.

—¿Y te sientes cómodo? —le recriminé.

—Me siento cómodo con todo aquello que contribuya a nuestra causa.

—¿Y no te importa con quién nos tengamos que acostar para conseguirlo?

—No soy tan... estrecho de miras como para pensar que todos los Pares del mundo son nuestros enemigos, no —arguyó Morgan.

—Pues eres más tonto de lo que creía —le solté con desdén.

Morgan me dirigió una mirada fija.

—Será mejor que te andes con cuidado, Jude.

—¿Y eso qué significa?

—Me uní a la Milicia para luchar por la igualdad de derechos entre Pares y Nones —fue su respuesta—. ¿Qué motivos te impulsaron a ti?

—Los mismos. —Me encogí de hombros.

—¿Seguro? ¿O estás utilizando la Milicia para ejecutar tu

vendetta particular contra todo Par que se cruce en tu camino? Porque, tal como yo lo veo, más bien parece esto último.

—Pues tendrás que volver a mirar o cambiar de perspectiva —repliqué.

—¿Cuáles son tus motivos, Jude? ¿Qué es más importante para ti? ¿La causa o la venganza? —insistió Morgan.

¿Cómo se atrevía a preguntarme eso?

—Ni siquiera me voy a molestar en responder —le solté con todo el desprecio que fui capaz de destilar—. Tenemos asuntos más urgentes que resolver, como averiguar quién avisó a la pasma de que nos encontrarían en ese hotel.

Se hizo un silencio. Transigiendo a mi descarado intento de cambiar de tema, asintió por fin.

—Sí, yo también he estado pensando en eso. Ha tenido que ser obra de Andrew. Debe de estar cada vez más desesperado.

—De ahí que sea cada vez más peligroso —señalé.

—Sí, ya lo sé.

—La policía sabe que estamos juntos. Será mejor que nos separemos —propuse de mala gana—. Usaremos los móviles para seguir en contacto y nos reuniremos una vez al mes, como poco. Así podremos coordinarnos para derribar a Andrew Dorn.

—No descansaré tranquilo hasta que pague por lo que nos hizo —asintió Morgan en tono gélido—. Lo que nos hizo a todos. Pensar que Pete está muerto, Leila se pudre en la cárcel y tu hermano fue ejecutado por su culpa...

—Dorn no es el responsable de la muerte de Callum... En todo caso, solamente lo es en parte. Mi hermano murió por culpa de Persephone Hadley —sentenció.

—Ni siquiera voy a entrar en eso —replicó Morgan, reacio a hablar de ese tema—. Los dos hemos sufrido grandes pérdidas; dejémoslo ahí.